





www.loqueleo.com/uy

© 2023, Ricardo Alcántara

© De esta edición:

2023, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200.

Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-497-0

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: setiembre de 2023

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Leti Mato

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Fuego rojo, fuego blanco

Ricardo Alcántara

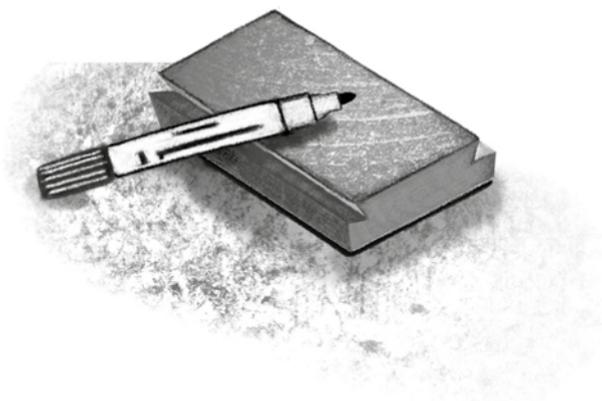
Ilustraciones de Leti Mato

loqueleg

A mi sobrina Gabi.

1

Alondra



9

Desde muy pequeña, Alondra soñaba con ser maestra. Ponía a las muñecas en círculo y jugaba a enseñarles. Lo hacía con mucha paciencia, siempre con una sonrisa en los labios.

Dejó de ser una niña, guardó las muñecas en un baúl muy grande, se convirtió en una joven, pero seguía pensando: «Quiero ser maestra». Sin duda, ese era su gran sueño y no descansaría hasta hacerlo realidad.

Mientras tanto, trabajó como auxiliar en un comedor escolar, ayudó en más de un campamento

de verano, dio clases particulares... Allí comprobó que los niños no se parecían a sus muñecas, podían ser mucho más revoltosos, y que dar clase no siempre era tan plácido como había imaginado. A pesar de ello, su gran ilusión se mantenía intacta: quería ser maestra.

Estudió mucho y por fin lo consiguió.

10

Cuando le dieron el diploma ella tuvo la impresión de que seguía soñando. Era como si le hubieran entregado las alas que tanto necesitaba para volar tan lejos como fuera capaz.

No tardaron mucho en llamarla para hacer una suplencia. Era en una escuela un poco apartada. A ella no le importó. No veía el momento de comenzar. Esperaba hacerlo muy bien, aunque entonces le entraron las dudas y los celos.

La noche anterior a duras penas consiguió dormir. Trataba de imaginar cómo serían los alumnos, cómo la recibirían, qué les diría... Estaba



tan impaciente que se presentó en la escuela demasiado temprano, aún estaba cerrada. Tuvo que esperar a que llegaran los demás.

Se notaba más inquieta de lo que hubiera pensado, sin embargo, había aprendido a disimularlo y lo hacía bastante bien.

Al cabo de un rato llegaron la directora y el secretario.

—Soy Alondra, la suplente —se presentó.

Los otros saludaron muy amables.

—Hola, bienvenida al centro, yo soy Elisabeth, la directora.

—Hola, soy Jaime. ¿Qué tal?

Los dos se notaban incómodos. Elisabeth no sabía cómo decirle a la recién llegada que tendría que vérselas con 5.º B, a decir de muchos, el grupo más difícil de la escuela. La veía tan joven y sin experiencia que dudaba de que pudiera superar un reto tan complicado.

Había un grupo, de cuatro o cinco, que revolucionaba toda la clase. La maestra, Virginia, se enfermó y tuvo que pedir la licencia médica.

—Hay algunos niños un poco charlatantes y revoltosos —le advirtió la directora.

Alondra tragó saliva e hizo lo imposible por no perder la sonrisa. Notó un desagradable cosquilleo en la barriga, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

—No atienden, molestan a los demás y continuamente están creando conflictos —acabó por explicarle, para que se fuera haciendo una idea.

12

Alondra la escuchaba, evitando mostrarse preocupada, tratando de que su falta de experiencia no le jugase una mala pasada. «No puedo decir que comencé con el pie derecho», pensó, e inmediatamente trató de quitarse la idea de la cabeza.

Cuando llegaban, los niños se reunían en el patio formando filas.

—Esperemos a que entren a la clase, así te acompaño para presentarte —le indicó la directora.

Alondra asintió con la cabeza, entornó los ojos y se encogió de hombros. Estaba a punto de comenzar el viaje con el que siempre había soñado, aunque, al parecer, el viento no soplaba a favor.

Cuando sonó el timbre de entrada, la directora continuó ordenando papeles. Dejó que pasaran unos minutos. Finalmente, dijo:

—Vamos. —Y se dirigieron a paso lento al encuentro del grupo de 5.º B.

A medida que se acercaban a la clase, el ruido que formaban veinticinco voces chillando a la vez era ensordecedor. La directora se giró y, alzando las cejas, le recomendó:

—Armáte de valor, lo vas a necesitar.

Alondra reconoció: «No es así como me hubiera gustado empezar».

13

Elisabeth entró primera, como si fuera un escudo que protegiera a la suplente. Alondra la seguía de cerca.

La directora repitió tres veces «Silencio» mientras levantaba las manos. Trataba de que se calmaran y cerraran la boca. No había manera. «¡Silencio!», ordenó con todas sus fuerzas y luego hizo sonar el silbato que llevaba colgado del cuello. Solo entonces se enteraron de que estaba allí.

—Cada uno a su lugar —pidió. Algunos lo hicieron a paso de tortuga, como a desgana, dejando claro que la autoridad no les impresionaba.

El último en ocupar su asiento fue Víctor, el líder del grupo. Era el más respetado y admirado porque era el más alto y más fuerte, porque se

atrevía a no hacerle caso a la maestra, porque llegaba siempre tarde y no le importaba, porque era el que sabía más palabrotas, porque amenazaba a todo aquel que no estuviera de acuerdo con él. Con la excusa de la estatura, se sentaba en la última fila. Allí, protegido por muchas cabezas, dirigía a los demás como si fueran sus marionetas. Siempre estaba rodeado de sus más fieles seguidores: Sergio, José María y Micaela. No todos sus compañeros estaban cómodos con la situación, pero la mayoría no se atrevía a enfrentarse a él.

—Les presento a Alondra. Ella va a suplir a Virginia el tiempo que esté de licencia médica. Me gustaría que se sintiera a gusto con ustedes y que cuando se marche se lleve un buen recuerdo.

—Inolvidable —resonó una voz desde el fondo, acompañada de varias risotadas cómplices. Aquello no presagiaba nada bueno.

La directora hizo de cuenta que no las había oído, aunque notó que la nuca se le atenazaba.

—La dejo con ustedes. Que tengan muy buen día —les deseó y salió tan rápido que parecía espantada.

Alondra cerró la puerta con movimientos suaves y, lentamente, se giró hacia la clase. El murmullo no cesaba, iba en aumento. A la suplente las manos le temblaban, decidió esconderlas poniéndolas en los bolsillos de la túnica. Cuanto más asustada estaba, más tranquila trataba de mostrarse. Todos la miraban y hacían comentarios, estaban pendientes de cada uno de sus gestos y palabras, impacientes por ver cómo se comportaría.

15

La suplente no tenía cara de ser muy severa. Convencido de que era el momento de averiguarlo, Víctor arrancó a hablar con José María, que se sentaba en el banco delante del suyo. El resto de la clase no tardó en imitarlo.

Alondra se sintió perdida. No le gustaba enojarse y mucho menos gritar, pero no sabía cómo controlar semejante desorden.

—Por favor, silencio —pidió. Nadie le hizo caso.

Paseó la mirada de un lado a otro y luego se volvió. Trataba de encontrar la punta del hilo para deshacer el enredo. No sería tarea fácil. Miraba atentamente con ojos de buena observadora, para que no se le escapara ni un solo detalle.

Clavó la mirada en el pizarrón.

Lucas es tonto.

Alicia es más fea que pisar una caca de perro.

Teresa es una cuatros y le salieron bigotes.

16

David tiene dientes de conejo,
parece un dibujo mal hecho.

Habían escrito con letras grandes, para que todos lo vieran.

Tuvo una corazonada. Con voz suave, como si aquello le hubiera gustado o le hiciera gracia, preguntó:

—¿Quién escribió esto?

Siguieron hablando todos a la vez. Reían con ganas. Algunos discutían mientras otros intercambiaban figuritas. El alboroto era tan grande que Alondra temía que vinieran de la clase contigua a quejarse.

Tratando de que no le temblara la voz, leyó:

—Lucas es tonto. Alicia es más fea que pisar una caca de perro. Teresa es una cuatros y le salieron bigotes. David tiene dientes de conejo, parece un dibujo mal hecho —hizo una pausa, luego repitió—: ¿Quién escribió esto?

La pregunta revoloteó con la impertinencia de un mosquito y molestó a todos. Cada día aparecían escritos así en el pizarrón. Aunque sabían quiénes eran los responsables, nadie se atrevía a denunciarlos. El miedo hacía de las suyas silenciando varias bocas. Aquellos cuyo nombre aparecía escrito con tiza, a la vista de todos, se sentían ridiculizados, pero no encontraban la manera de defenderse. Estaban hartos de que se les maltratara, incapaces de encontrar una solución a su problema. Y aquellos que no figuraban en la lista, se mostraban muy amables y simpáticos con los responsables de la humillación, solo pensaban en salvarse ellos. De alguna forma, eran cómplices, y lo sabían.

—¿Quién escribió esto? —dijo por tercera vez. Temía que no le hicieran caso.

La insistencia de la maestra les llamó la atención. Estaban acostumbrados a que Virginia

borrara el pizarrón mirando hacia otro lado, como si no fuera capaz de leer lo que estaba escrito, o como si aquello no tuviera ninguna importancia. Para entonces, solo Víctor y el grupo de fieles seguidores que siempre lo rodeaban seguían hablando desafiantes.

18 Alondra apretó los puños y se encaminó hacia donde estaba el grupo de los revoltosos. Avanzaba paso a paso. Muy a su pesar, su gesto se tornó muy serio. Uno a uno, los niños fueron callando. Al ver que los otros no lo secundaban, Víctor también acabó por callar. No le gustó tener que hacerlo. La suplente se plantó junto a él y desde allí repitió la pregunta.

—¿Quién escribió eso?

Nadie se atrevió a levantar la mano. En vista de ello, Alondra regresó junto al pizarrón y quiso saber:

—¿Quién es Alicia? —Y señaló donde estaba escrito su nombre.

Una niña se ruborizó y bajó la cabeza. Se removió en el asiento, visiblemente incómoda. Era de las pocas que se atrevía a enfrentarse a Víctor, por eso el niño se las agarraba con ella. Acabó

levantando la mano. La suplente la miró fijo y sonrió. Alicia miraba hacia el suelo, avergonzada. Esa actitud se repetía entre aquellos que eran señalados por algunos de sus compañeros.

Alondra aspiró todo el aire que pudo y, tras una pausa, soltó:

—¿Tú crees que sos fea, tal como escribieron aquí?

19

La pregunta la sorprendió tanto que Alicia no supo qué responder.

—Es fácil —la ayudó la maestra—, basta con decir sí o no.

—No lo pienses, está clarísimo, decí que sí —resonó la voz de Víctor.

Inmediatamente se oyeron varias risas para celebrar la ocurrencia.

La niña se acomodó en el asiento y miró de reojo hacia la izquierda. Allí era donde se reunían los amigos más cercanos de Víctor.

Todos estaban pendientes de ella. La niña comprendió que si asentía, les estaría dando la razón y les dejaría el camino libre para que se metieran con ella. Ya no tendría cómo escapar de sus burlas, que tanto la martirizaban.

Con voz tan frágil que parecía de cristal, respondió:

—No.

—Por favor, decilo más fuerte —le pidió la maestra.

—No —ya no tuvo reparo en decirlo alto y claro. Se oyeron algunas risitas. Víctor carraspeó.

20 Alondra paseó la mirada una y otra vez, hasta estar convencida de haberlos mirado a todos.

—¿Alguien piensa que Alicia es fea? —dijo desafiante.

Víctor no dudó en levantar la mano. En tono irónico, dijo:

—A mí no me gusta mentir y, lo que se dice linda, yo no la veo.

Al no poder soportar la tensión, Alicia comenzó a llorar. Con el rostro escondido entre las manos, sollozaba.

—Víctor, mirá lo que conseguiste —le recriminó Fernando, el niño que se sentaba junto a Alicia.

Y él, indiferente al malestar que causaba, se jactó:

—Yo no hice más que responder a la pregunta de la maestra.

Sus compinches apoyaron. «¡Es cierto! ¡Es cierto!», voceaban y aplaudían.

Alondra notaba que sus intenciones no hacían más que empeorar la situación. Comenzaba a preocuparse. No sabía cómo reaccionar.

—¿Alguien más piensa que Alicia es fea? —se le ocurrió preguntar.

Los amigos de Víctor no tenían su desparpajo. Ellos solían bajarse a medio camino. Se miraron de reojo. «¡Vamos, vamos!», los animó el cabecilla del grupo. Ellos no se atrevieron. Callaron.

—Tal vez ahora no se animan a decirlo, pero siempre que pueden se burlan de ella —apuntó Fernando, el compañero de Alicia.

—Alcahuete —lo acusó Sergio desde el fondo.

—No lo puedo creer. Ahora no se animan a decirlo delante de todos —fingió escandalizarse la maestra—. Quien hace algo así es un... —Se detuvo—. Prefiero no decirlo, es muy feo. Espero que no haya nadie así en la clase, con ese tipo de personas nunca pude entenderme. Los que tiran la piedra y esconden la mano no me gustan nada, menos que los que se limpian los mocos con la manga de la túnica —dejó claro.

Víctor se removió en el asiento. Los que solían apoyarlo notaron que las mejillas les hervían.

Alondra rápidamente cambió el gesto. Chasqueó los dedos, como si se le hubiera ocurrido una idea.

—Ya lo sé, tal vez se trata de una broma —dijo. Dirigiéndose a Alicia, se interesó—: ¿A ti te hace gracia lo que escribieron?

22 —No —respondió ella sin levantar la cabeza, para evitar que los demás la miraran.

—En ese caso, si solamente a uno de la clase le parecés fea, si tampoco se trata de una broma, no tiene sentido que continúe esto escrito en el pizarrón. Estoy segura de que ya no volverá a aparecer. —Y lo borró.

La niña irguió la cabeza y, lentamente, miró a sus compañeros. Que la frase no estuviera allí para martirizarla la hizo suspirar aliviada.

Alondra volvió a leer otro de los escritos.

—David tiene dientes de conejo. —Giró hacia la clase e indagó—: ¿Quién es David?

—Yo —se apresuró a identificarse un niño.

La suplente avanzó un paso, para resultar más cercana, y le preguntó:

—¿Tú le quitaste los dientes a algún conejo?

—No —aseguró el niño—. No, no —confirmó.
—Pues lo parece —intervino Víctor y, tras el comentario, las risas burlonas.

—Claro que sí —apoyó Micaela, como solía hacer siempre.

Alondra prosiguió:

—Te nacieron a ti, como le salen a todo el mundo.

—Sí —fue categórico.

—Entonces son tuyos. Quien escribió esa frase no tiene ni idea. ¡Qué tontería!, ¿verdad? Qué ganas de gastar tiza inútilmente.

Unos cuantos asintieron con la cabeza, mientras algunos desviaron la mirada. Víctor murmuró entre dientes. Todo aquello no le gustaba nada.

Alondra borró la frase. Así siguió eliminando un nombre tras otro. Cuando el pizarrón quedó limpio, varios alumnos notaron una especial simpatía por la recién llegada.

Era el momento de conocerse un poco mejor, de descubrir el nivel que tenían. Para ella era muy importante que sumaran, multiplicaran y dividieran con facilidad, que colocaran correctamente unos cuantos países en el mapa, que

no confundieran un mamífero con un ave... Sin embargo, lo que más le interesaba era que se conocieran unos a otros y se respetaran. Si eso fallaba, de nada servirían matemática, ni ciencias sociales ni lengua. Por eso les propuso:

—Los quiero conocer un poco mejor, así que nos vamos a presentar. Diremos el nombre y le agregaremos una palabra que nos identifique. Comenzaré yo —hizo una breve pausa, luego continuó—: Soy Alondra la cuentista. Me encantan los libros de cuentos y los álbumes ilustrados.

Entonces señaló a un niño de la primera fila para que continuara con el juego. El niño se quedó trabado, no sabía qué decir. Ella le preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Gustavo.

—¿Y qué característica tuya señalarías?

Dudaba. Cuanto más prolongado era su silencio, más incómodo se sentía.

—No sé... —reconoció.

—Es cierto —apoyó Víctor por todo lo alto—. Ese nunca sabe nada —agregó en tono despectivo.

—Ja, ¡te pasaste! —celebraron los que estaban a su lado y chocaron sus manos.

—Mirá quién habló, el inteligente de la clase —salió Alicia en defensa de su compañero.

«¿Cómo puede ser tan insolente?», se quejó la suplente para sí. Tratando de no darle más importancia, se concentró en ayudar a Gustavo.

—¿A qué te gusta jugar?

—Al fútbol —respondió él, sin dudarlo.

—Pero es malísimo, nadie lo quiere en su equipo —puntualizó Víctor, que no perdía ocasión de ridiculizar a sus compañeros.

Alondra lo ignoró.

—Entonces, ¿qué te parece *Gustavo el jugador de fútbol*? —le propuso, y al niño le gustó.

Estaban poco acostumbrados a ese tipo de propuestas. Unos no sabían qué decir y otros no se atrevían a hablar por temor a hacer el ridículo y que los demás se rieran.

—¿A quién le gusta inventar historias? ¿Quién de ustedes tiene mucha imaginación?

Solo Víctor levantó la mano y no paraba de agitarla en lo alto para hacerse notar.

—Muy bien —dijo la suplente—. ¿Alguien más?

—Naaa, son todos unos inútiles —provocó Víctor a sus compañeros y disfrutaba haciéndolo.

Alondra comenzaba a hartarse con las impertinencias del niño. Evitando mirarlo para no darle protagonismo, comentó:

26 —Todos tenemos imaginación. ¡Todos! —recalcó—. Con ella sucede lo opuesto a lo que pasa con el dinero. Si tenemos unas cuantas monedas y las gastamos, nos quedamos sin nada. En cambio, cuanto más usemos la imaginación, cuanto más libre la dejemos, más grande y potente se volverá y, entonces, nos conducirá a parajes fantásticos. Pero, si la encerramos, se vuelve torpe, pequeña, asustadiza, tan insignificante que ya no nos sirve de ayuda y esa es una gran pérdida —comprobó que la miraban con ojos de asombro—. ¡Vamos a probar! —les propuso.